

MADRE MARÍA SKOBTSOV

**EL SACRAMENTO  
DEL HERMANO**

Biografía espiritual de la Madre María  
escrita por Helena Arjakovsky-Klepinine

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2004

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Mercedes Huarte Luxán  
del original francés *Le sacrement du frère*

- © Les Éditions du Cerf y Le sel de la terre, 2001  
29, boulevard La Tour-Maubourg - 75340 Paris Cedex 07  
Maxime Egger, 79, av. C.-F. Ramuz, CH-1009 Pully
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2004  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1529-3  
Depósito legal: S. 327-2004  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

## CONTENIDO

<i>Prefacio</i> , de Olivier Clément .....	9
--	---

### LA ALEGRÍA DE DAR

<i>Biografía espiritual de Madre María Skobtsov</i> , por Helena Arjakovsky-Klepinine .....	17
---	----

### EL SACRAMENTO DEL HERMANO

#### Textos escogidos de la Madre María

1. El segundo mandamiento del Evangelio .....	65
2. La mística de las relaciones humanas .....	83
3. La llamada de la libertad .....	93
4. Los pobres de espíritu .....	101
5. Hacia un nuevo monacato .....	105
6. El ascetismo .....	115
7. Sobre la imitación de la Madre de Dios .....	143
8. El fuego del Espíritu frente al fariseísmo .....	157
9. Una ocasión única para la humanidad. La guerra como revelación .....	167
10. ¿Nacer, sufrir, morir? La respuesta de la fe .....	181
11. Las fuentes del acto creador. Breve teoría sobre la creatividad humana .....	193

### UN RELATO Y DOS POEMAS

Lo invencible .....	211
Sobre la vida .....	217
Sobre la muerte .....	219
<i>Procedencia de los textos</i> .....	221

## PRÓLOGO

Olivier Clément

La Madre María murió en Ravensbrück en 1945. No sabemos si sustituyó a otra mujer seleccionada para el horno crematorio o la metieron allí por casualidad. Incluso su muerte se les escapa a los hagiógrafos. Durante mucho tiempo había conservado la esperanza de sobrevivir para trabajar en aquello que le parecía que la guerra haría posible: un acercamiento en profundidad entre Occidente y Rusia. Sin embargo, en las últimas semanas, dando su pan a cambio de hilo, se puso a bordar, como si fuera una ordalía, un extraño icono que representaba a la Madre de Dios llevando en brazos a Jesús, y este crucificado.

Para muchos, la vida de la Madre María no fue más que un escándalo prolongado. La antigua socialista revolucionaria, casada dos veces, convertida en cristiana sin haber dejado nunca en el fondo de serlo, se mantuvo como una intelectual de izquierdas, anárquica hasta en su vestimenta. Su sensibilidad revolucionaria sumada a su simpatía hacia los judíos disgustaban no sólo a los inmigrantes de derechas, sino también a muchos jóvenes ortodoxos nostálgicos de un orden total, orgánico y sagrado.

Aquella monja que denunciaba la existencia en la vida de la mayor parte de los monasterios de un simulacro de la vida familiar, escandalizaba a las naturalezas apasionadas por la contemplación solitaria y el *opus dei*. Para ella, se trataba de renunciar a toda comodidad, fuera esta el arrullo de la liturgia o la paz de un claustro, para vivir hasta el final, hasta la muerte, el gran riesgo de la pobreza, el gran descubrimiento del amor, introduciéndose sin límites en la «devastación», en el anonadamiento del Dios que se ha hecho hombre por la locura del amor.

Inmensa, tormentosa y apasionada, la vitalidad de esta mujer nunca dejó de ser un estremecimiento de amor, un amor no progresivamente apaciguado, sino crucificado, dilatado hasta el infinito y transformado en maternidad espiritual. La joven revolucionaria era ya madre cuando protegía de la policía a los estudiantes pobres de Yalta o enseñaba a leer a los obreros de San Petersburgo. Se había casado a los dieciocho años, por un impulso desmedido, con un intelectual revolucionario para salvarlo del alcohol y la ruina. ¿No le pidió el gran poeta Alexander Blok, a quien ella amaba con desgarradora compasión, que pasara cada día bajo su ventana pensando en él «como una madre»?

Quizá sólo su segundo matrimonio, en plena guerra civil, fuera pura pasión y deseo de protección. Pero pronto su maternidad, herida por la muerte de dos hijas muy queridas, se rehizo y encontró todo su sentido en el segundo mandamiento del Evangelio, el amor al prójimo. «Siento que la muerte de mi niña me obliga a convertirme en una madre para todos», escribió. Más tarde verá el prototipo de ese amor en el de la Madre de Dios al pie de la cruz, contemplando en el Crucificado a la vez a su hijo y a su Dios. «Del mismo modo –decía– nosotros debemos descubrir en todo hombre y al mismo tiempo la imagen de Dios y del hijo que se nos entrega en la ‘compasión’». Fue este el tema de su último icono en Ravensbrück.

«Mi sentimiento hacia todos es maternal», escribía la Madre María. Hacia todos: los descargadores de Marsella, los trabajadores de las minas de hierro de los Pirineos, los locos, los drogadictos y los alcohólicos a quienes iba a consolar por las noches a los tugurios, a los que se llevaba a su casa para acunarlos como a niños. Todos: los judíos perseguidos, marcados con la estrella amarilla y compañeros suyos en Ravensbrück. Qué vana le parecía, ante tanto sufrimiento, la manida oposición entre la caridad concreta –encuentro entre dos personas– y la acción social perfectamente organizada.

Para la Madre María no había que oponer, sino que sumar, multiplicar. El amor no puede dividirse. Ella, que quería amar a

cada uno como a un hijo, era capaz de organizar con eficacia lo que fuera, ya se tratara de la Acción ortodoxa, con sus casas de acogida y de descanso, y su red de amistades; o el combate pacífico de la resistencia espiritual bajo la ocupación; o, más aún, en los campos de esclavitud y muerte, esos humildes círculos de estudio en los que los prisioneros, al recuperar el gusto por la belleza y el pensamiento gratuitos, se sentían soberanamente libres.

La Madre María se situaba dentro de una gran tradición ortodoxa, la del amor al prójimo vivido y sufrido hasta la locura. Hasta la locura en Cristo. Sabemos que en el monacato ortodoxo, la tradición instituida tiene como nervio central la contemplación solitaria que consume al hombre en la realización del primer mandamiento, el del amor a Dios, para que llegue a ser como una columna de intercesión que una el cielo con la tierra y su sola existencia sea para la sociedad y el universo una bendición secreta, a veces manifestada en el ministerio carismático del padre espiritual, el *starets*.

Pero esta tradición ascética se encuentra amenazada continuamente por el orgullo y la sequedad, la idolatría de los logros alcanzados y los estados espirituales, por el desprecio de la vida y de la naturaleza. Corre también el riesgo de instalarse en la paz y el equilibrio de un cenobitismo que se aísla, con frecuencia y a la vez, del amor al mundo y del combate espiritual, «más exigente que la lucha entre los hombres». Por eso Dios mismo no cesa de poner en cuestión esa tradición, de probarla y hasta humillarla haciendo surgir testigos, simples o geniales, pero siempre creadores de vida, de un amor total al prójimo.

Las vidas de los Padres del desierto enseñan a menudo cómo el mismo Cristo envía a los más grandes ascetas a aprender junto a un obrero, una madre de familia o un bandolero que, al vivir como hombres entre los hombres, han sabido –aunque no sea más que una vez– amar realmente a su prójimo. Humildad, libertad, espontaneidad loca de amor en el rechazo del fariseísmo, esa es la «locura en Cristo» que, en la Rusia del siglo XVI,

alcanzó las dimensiones de un profetismo que no dudaba en intervenir, abruptamente, en la vida política y social...

Justo en esta tradición es donde se situaba conscientemente la Madre María, como lo muestran las vidas de santos que a ella le gustaba escribir. Frente a san Juan Casiano, que con los ojos piadosamente cerrados se apresuraba ansiando el encuentro con el Señor, ella prefería, junto con el pueblo ruso, a san Nicolás, cuando según la leyenda desatascó el carro de un campesino, a riesgo de faltar a su encuentro de oración con Dios. El carretero era Dios. A la Madre María le gustaba también narrar la historia de Serapión, monje del antiguo Egipto que, para liberar a un hombre encarcelado por deudas, no dudó en vender su ejemplar del evangelio, único bien que poseía.

Lo prueban los textos publicados en este libro, *El sacramento del hermano*. La Madre María vivió la teología del encuentro y el capítulo veinticinco del *Evangelio según san Mateo* con la misma sencilla resolución que un Dietrich Bonhoeffer. Como él, se comprometió con la historia en la resistencia organizada, resistencia espiritual que se negó a separar de la resistencia militar. Pero continuó siendo fundamentalmente ortodoxa por su fervor místico, por su intenso amor al Crucificado-Resucitado, por su sentido de la cruz y de la cruz de gloria, punto central de la historia, por su apertura al dinamismo del Espíritu.

Permaneció «ortodoxa» también por su sufrimiento, sus suspiros, sus gemidos inefables, en una palabra, por su rigor ascético. En efecto, la Madre María sabía muy bien que la mirada del amor desinteresado descubre siempre en el prójimo no sólo la imagen de Dios, sino también la acción caricaturesca del diablo y que, por tanto, un encuentro auténtico no es suficiente; para que el encuentro llegue a ser «sacramento del hermano» se necesita el exorcismo poderoso de la Iglesia, es decir, la más dura lucha espiritual. Por ello, la ascesis del encuentro, cuyas líneas principales esboza en su estudio sobre el segundo mandamiento del Evangelio, constituye una importante aportación al pensamiento cristiano de nuestro tiempo.

En el corazón de la historia espiritual de la Ortodoxia, el destino de la Madre María es, a la vez, recapitulación y profecía. Pobedonostsev —el temible procurador del Santo Sínodo de quien fue, siendo niña, ahijada adorable y querida— le había enseñado el amor al próximo frente al amor al lejano; ella descubrió que él amaba al hombre concreto antes que a la humanidad. Los revolucionarios le enseñaron el amor al lejano; la revolución le mostró que ellos amaban a la humanidad por encima del hombre concreto. El Renacimiento ruso le otorgó el gusto por lo espiritual —nunca fue materialista, ni cuando era revolucionaria—, pero se trataba de algo espiritual exangüe, sin compromiso de vida ni poder de creación social.

La Madre María nos llama por ello, más allá de nuestros miedos y de nuestras divisiones, en la diversidad de carismas, a la totalidad del amor, a un amor que no desatiende la condición material y social del hombre. La Madre María, que no predicaba pero amaba, nunca olvidó que sólo vale aquel que, en la libertad y en la comunión, rinde el homenaje más adecuado a la imagen de Dios en él. Se trata de un testimonio profético para el porvenir de la Ortodoxia.

Profético resulta también el destino de la Madre María en cuanto a las relaciones misteriosas de la Iglesia y el pueblo judío. Para la Madre María, el hecho de que hubiera cristianos que aceptaran voluntariamente sufrir y morir por y con los judíos anticipaba el momento escatológico en el que el viejo Israel reconocería a su Mesías en el Crucificado. Cuando un policía alemán le interrogó acerca de la ayuda que prestaba a los judíos, el padre Dimitri Klepinin, compañero en la caridad de la Madre María, le respondió dulcemente enseñándole la cruz que llevaba sobre su sotana: «¿Y a este judío, lo conoce usted?».

El padre Dimitri murió en Dora, una dependencia de Buchenwald, el 9 de febrero de 1944. Su amigo común, el judío Elie Bounakov-Fondaminski, uno de los pensadores rusos más interesantes de entreguerras, pidió el bautismo en el campo de Compiègne, pero rehusó una evasión que su enfermedad hacía



posible, porque quería compartir la suerte de su pueblo. Desapareció en los campos de la muerte practicando –como un verdadero israelita– lo que la mística judía y el padrenuestro llaman «la santificación del nombre». Era la época en que el patriarca de Constantinopla pedía a todos los obispos que se encontraban bajo su jurisdicción en la Europa ocupada por los alemanes que hicieran lo imposible por salvar a los judíos.

«Los cristianos se interponen entre Cristo y los judíos, desfigurando ante ellos la imagen auténtica del Salvador», había escrito algunos años antes uno de los amigos y maestros de la Madre María, el filósofo Nicolás Berdiaev. Ella y sus amigos fueron algunos de esos cristianos de todas las confesiones que, en los tiempos de la gran masacre, empezaron a revelar a los judíos el verdadero rostro de Jesús mediante un servicio desinteresado.

La vida y la muerte de la Madre María son también proféticas para quienes somos ortodoxos en Occidente, y para tantos jóvenes que desean el amor y el riesgo, pero ya no saben dónde encontrar a Dios. Dios está en el centro –nos dice la Madre María, significativamente despertada por Tagore, a partir de 1915, al poder soberano del segundo mandamiento–, en el corazón de los seres y de las cosas, en la densidad misma de la materia, en el sufrimiento y la creación compartidas. La Iglesia no es otra cosa que el mundo en vías de deificación: en la Iglesia, el mundo no es ya una tumba, sino una matriz.

Esta transfiguración del mundo exige la contemplación –una contemplación creadora–, exige el amor –un amor activo–, exige la compasión personal más desgarradora y la reinvención de la vida, pues se trata de dar a los hombres no sólo el pan, sino la belleza, el atrevimiento y la celebración.

La Madre María, no lo olvidemos, sabía crear esos lugares privilegiados en donde la vida circula y se extiende. Los adornaba con iconos y tapices. Escribía sin cesar poemas, pero también verdaderos «misterios» que esperan ser representados.

La Madre María no era una activista, sino una poetisa de la vida, siempre en el centro del lugar creador en el que se realiza la

«santidad genial», tan deseada por una de sus contemporáneas, Simone Weil, judía apasionada por Cristo, por la justicia, por la pobreza, por la belleza, y cuyo destino, aunque lejos de haber conocido la misma plenitud, no dejó de tener analogía con el suyo.

El destino de la Madre María subraya la extraordinaria diversidad de la Ortodoxia contemporánea. Plantea además un problema muy real, para hoy y para mañana, a la Iglesia ortodoxa: las nuevas formas de vida monástica, en las que el segundo mandamiento del Evangelio ha de ocupar el lugar central.

La Madre María quiso hacerse monja no para asumir la tradición monástica eremítica o cenobítica –menos aún esta que aquella–, sino para manifestar su compromiso sin límites. Para consagrarse, para darse por completo. Inevitablemente se halló en contradicción con las actitudes tradicionales. Lo que ella deseaba ¿no nos corresponde a nosotros realizarlo?

Cuando el metropolitano Eulogio recibió su profesión monástica, le entregó como morada ascética «el desierto de los corazones humanos». Lo que la Madre María deseaba, pero con más vehemencia y fuerza creadora, con un sentido más agudo –casi anárquico– de la libertad en el Espíritu santo, fue un poco lo que el cristianismo occidental ha buscado desde entonces en pequeñas fraternidades carismáticas. ¿No se intuye aquí una llamada para el momento presente?

Junto a la tradición de los grandes «silenciosos» y alimentada por ella –fuerza más necesaria que nunca– ¿no necesitamos grandes creadores de amor, grandes creadores de vida para trabajar y hacer fecundo «el desierto de los corazones»? No es momento de marcar las diferencias.

Una última palabra, también contra los hagiógrafos. Si amamos y veneramos a la Madre María, no lo hacemos a pesar de su desorden, sus rarezas y sus pasiones, sino a causa de ellos, que la vuelven –entre tantos muertos piadosos y tantos muertos melifluos– extraordinariamente viva. Fea y sucia, fuerte, pesada y recia. Sí, viva.

Con sus pasiones, su compasión, su pasión.

# EL SACRAMENTO DEL HERMANO

Textos escogidos  
de entre los escritos de Madre María

*Nota del responsable de la edición*

Los textos de la Madre María que han sido reunidos en este libro se han seleccionado atendiendo a tres criterios: su fuerza espiritual intrínseca, su actualidad, y su carácter revelador y emblemático del pensamiento de la autora.

En esta perspectiva, y con el fin de facilitar su lectura y comprensión, nos hemos permitido la licencia de suprimir determinados fragmentos que respondían a circunstancias puntuales o requerían la incorporación de abundantes notas explicativas.

## El segundo mandamiento del Evangelio

Jesús le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer mandamiento y el más importante. El segundo es semejante a este: Amarás al prójimo como a ti mismo».

Mt 22, 37-39

Existe en el cristianismo cierta propensión a recomendar la profundización interior, el desapego, la permanencia en soledad del alma ante Dios. Esto se produce especialmente en momentos de grandes catástrofes históricas. Hoy en día da la sensación de que esta tendencia se manifiesta de nuevo con gran intensidad. De ello resulta una situación muy extraña. Por una parte, las distintas formas del mal convergen para reforzar el poder de lo colectivo, de la masa, y para convertir al alma humana, en su unicidad, en algo irrisorio e insignificante. Por otra parte, existen almas cristianas, ya dispersas y desunidas, que se hunden aún más en esa dispersión y esa desunión, hasta el punto de que el mundo se vuelve para ellas un espejismo y no quedan más realidades que Dios y el alma solitaria, estremecida ante él.

Este estado de ánimo me resulta escandaloso y temible, tanto para cada persona en particular como para la Iglesia en general. Tenemos que levantarnos con todas nuestras fuerzas contra semejante actitud, despertar la atención de los hombres hacia los demás, llamarles a una presencia ante Dios en comunión con los otros, conducirles a soportar juntos sus penas y a denunciar juntos los escándalos. La llamada está justificada y podemos ofrecer los fundamentos más irrefutables; basta para ello con beber en las fuentes de los diferentes campos de la existencia cristiana.

Me gustaría empezar por lo que se experimenta como el ámbito más personal y más secreto del ser, el cara a cara solitario del alma con Dios: la oración ortodoxa. En la medida en que su carácter no individual es su en sí, dejaré a un lado las oraciones comunitarias que se pronuncian durante los oficios y la liturgia, y me fijaré en las oraciones personales que todos conocemos, las que rezamos en nuestra casa, con las puertas cerradas. Se trata de la serie tradicional de las oraciones de la mañana y de la tarde, que podemos encontrar en cualquier libro de oraciones y a las que estamos acostumbrados desde la infancia.

¿Qué descubrimos en estos textos? Un predominio muy claro de la primera persona del plural (*nosotros*) sobre la primera persona del singular (*yo*). Las primeras frases comienzan así: «Gloria a ti, Dios *nuestro*, gloria a ti». La invocación al Espíritu santo, «Rey celestial», termina con estas palabras: «Ven y permanece en *nosotros*, purifícanos de *nuestros* pecados. Perdona, Maestro, *nuestras* iniquidades. Visítanos, Santo, y cura *nuestras* enfermedades». Entonces viene la oración del Señor, que empieza por «Padre *nuestro*», y pide a continuación: «*Danos* hoy *nuestro* pan de cada día, perdona *nuestras* ofensas como *nosotros* perdonamos a los que *nos* han ofendido, y no *nos* dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal».

En las oraciones de la mañana, el plural aparece de forma igualmente clara y frecuente: «*Nos* prosternamos ante ti y exclamamos: Ten piedad de *nosotros*... *Nosotros* te invocamos en la noche... Venid, adoremos a *nuestro* rey y Dios... Acepta *nuestras* plegarias... Purifícanos... Concédenos... Que *nos* encontren preparados... Pues has engendrado al Salvador de *nuestras* almas».

Lo mismo ocurre con las oraciones por los vivos y los muertos, así como con las oraciones de la tarde; también aquí se reza no por uno mismo sino por los demás. Podemos decir, pues, que aquello que es más personal y secreto en la vida de un ortodoxo se encuentra enteramente atravesado por el sentimiento de una comunión con todos, por la experiencia de la «catolici-

dad» (*sobornost*)<sup>1</sup> característica de la Iglesia ortodoxa. Esto es algo muy significativo y que merece una reflexión.

Lo dicho a propósito de las oraciones privadas, se aplica también, por supuesto, a la oración comunitaria, por lo que aquí no necesitamos extendernos. Por ejemplo, un sacerdote solo no puede celebrar la liturgia; es necesaria la presencia de al menos un fiel, que simboliza entonces a todo el pueblo. Pues el «misterio» de la eucaristía es la obra común de la Iglesia y se realiza en nombre de todos y por todos.

Olvidar estos elementos fundamentales de su fe equivaldría para los ortodoxos a sucumbir a una forma de tentación protestante. En la Iglesia ortodoxa, el hombre no es solitario, no sigue individualmente el camino de la salvación. Como miembro del cuerpo del Salvador, comparte el destino de sus hermanos en Cristo, es justificado por los justos y es responsable de los pecadores. La Iglesia ortodoxa no es un lugar de presencia solitaria ante Dios, sino un lugar de comunión que vincula a todos los fieles por el amor a Cristo y el amor al prójimo. Y esto no es una invención de teólogos y de filósofos, sino el precepto riguroso del Evangelio, tal como ha sido vivido en la experiencia secular de la Iglesia. Podemos verlo con claridad en autores como Khomiakov<sup>2</sup>, Dostoievski, Soloviev<sup>3</sup>, que proclamaron estas verdades en los medios cultivados de la sociedad rusa: sus palabras se basaban en la palabra misma de Dios, en el explícito mandamiento del Salvador. Sólo si los integra en el manda-

1. Derivada de la palabra «concilio», la *sobornost* expresa la catolicidad auténtica de la Iglesia como lugar de la totalidad de la revelación y de la comunión universal, en la cual coexisten la unidad en la pluralidad, el amor y la verdad.

2. Alexis Khomiakov (1804-1860) fue uno de los principales animadores del eslavofilismo, movimiento filosófico y religioso que, en el siglo XIX, intentó definir la especificidad de la cultura rusa y del alma eslava con relación a Occidente. Es entre otras cosas el autor de la noción de *sobornost*.

3. Filósofo y poeta, Vladimir Soloviev (1853-1890) es una de las figuras más eminentes del pensamiento religioso ruso. Soñaba con elaborar una síntesis de todas las formas de conocimiento cuyo centro fuera Cristo y su reflejo en el cosmos, la Sabiduría divina (*Sofia*).

miento «bi-unitario» del amor a Dios y del amor al prójimo, puede el creyente ortodoxo cumplir y hacer realidad los principios de su fe.

Esta «bi-unidad», ciertamente, no tiene nada de evidente. Su equilibrio es frágil y difícil de guardar; además se ha perdido en mayor o menor medida durante épocas enteras, sobre todo en periodos de catástrofe y conmoción universal. En la adversidad, el hombre, aterrado, tiende a buscar refugio, a esconderse, a romper todos los vínculos con el mundo tambaleante que le rodea. Tiene la impresión de que, si se acuerda de Dios y se refugia en el interior de sí mismo, podrá escapar de las calamidades, salvar su alma y conservarse puro en medio de la impureza generalizada.

A este hombre es preciso repetirle incansablemente las palabras del apóstol Juan acerca de los hipócritas, que pretenden amar a Dios sin amar al hombre: «¿Cómo pueden amar a Dios, a quien no ven, y odiar a su hermano que se encuentra junto a ellos?» (1 Jn 4, 20). En el pensamiento de Cristo, obedecer al mandamiento del amor al prójimo es dar la vida por los amigos. [...] Para cumplir esta voluntad, el apóstol Pablo no duda en afirmar que querría estar separado del Salvador para que sus hermanos se salvaran (cf. Rm 9, 3); y habla aquí del sacrificio de su alma, y no sólo de su vida.

Hay además otro punto, igualmente decisivo para la actitud que Cristo espera de nosotros hacia nuestro prójimo. Se trata, claro está, de las palabras del Señor sobre el Juicio final (Mt 25, 31-45). En aquella temible hora, el hombre tendrá que responder no de cómo salvó su alma con una proeza solitaria, sino de cuál fue su actitud hacia su prójimo: si le visitó en la cárcel, le alimentó cuando tenía hambre, le consoló... Dicho de otra manera, si amó a su hermano, si vio en este amor el mandamiento fundamental de Cristo. Está bien que uno se acuerde de su hermano en la oración, pero esto no basta para ser justificado. No se puede ser justificado más que por el amor activo, dando la vida por los amigos, olvidándose de uno mismo.



¿Qué significa dar la vida por los amigos? ¿Cuál es la suprema medida del amor sacrificial? Más allá de las indicaciones particulares del Evangelio, es toda la actuación de Cristo en la tierra la que nos da la respuesta. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único» (Jn 3, 16). Cristo nos llama a este mismo amor. No podemos seguir a Cristo sin participar, aunque sea en una medida mínima, en esta «hazaña» del sacrificio de amor. El discípulo de Cristo es aquel que ama el mundo y da su vida por el otro, e incluso acepta ser separado de Cristo por la salvación de sus hermanos. A la inversa, el hombre que sigue el camino del egoísmo –aunque sea sagrado–, que no se ocupa más que de su propia salvación, que no se siente responsable del sufrimiento y del pecado del mundo, ese no oye lo que dice el Señor y no comprende por qué ha asumido Cristo el sacrificio del Gólgota.

No es ciertamente infrecuente que aquellos que siguen el camino de la salvación individual se entreguen a ciertas prácticas en apariencia virtuosas: alimentar a los vagabundos, asistir a los pobres, etc. Pero no lo hacen sino como un entrenamiento ascético, un ejercicio útil para *su* propia alma. Ahora bien, resulta evidente que esta no es la clase de amor que el Evangelio nos enseña, y que una práctica de este género no fue la causa de la crucifixión de Cristo.

El amor de Cristo, del que nosotros somos herederos, es un auténtico amor sacrificial: es el don total del alma, no para recobrarla con intereses, para *mi* provecho propio, sino solamente para beneficio del prójimo, en quien se manifiesta –por la misma gracia de este don de amor– la imagen de Dios.

Pero ¡cuidado! Lo que acabamos de decir no significa que debamos razonar así: «Puesto que Cristo nos ha dado la certeza de que vamos a encontrarle en cada pobre, testimoniemos nuestro amor a aquel que, bajo apariencia de pobreza, no es en realidad más que el Rey celestial que no malgastará nuestros dones, sino que nos los devolverá centuplicados». ¡No! Y aunque Cristo está del todo presente y sufre en el pobre y el des-

graciado no son por eso menos de verdad ellos mismos, en la realidad de su pobreza y de su miseria. Debemos acoger al pobre en nombre del amor de Cristo; no porque vayamos así a obtener una recompensa, sino porque el amor sacrificial de Cristo nos envuelve y nosotros nos unimos a Cristo en este amor, participamos en su sufrimiento en la cruz, y sufrimos no por nuestra purificación y nuestra salvación, sino realmente por el otro, pobre y desgraciado, para que nuestros sufrimientos aligeren los suyos. No podemos amar sacrificialmente en *nuestro* propio nombre, sino sólo *en el nombre de Cristo*, en nombre de la imagen de Dios que se manifiesta a nosotros en cada hombre.

Quizá nos reprocharán haber aislado estos preceptos de forma tendenciosa. Los herejes y los sectarios –ya lo sabemos– demuestran siempre la exactitud de sus posiciones mediante textos del Evangelio. Nosotros deberíamos exponer otros elementos para probar la existencia de esta interpretación en todas las épocas de la Ortodoxia, su presencia en los Padres de la Iglesia, por ejemplo en la *Filocalia*<sup>4</sup>.

Esto puede hacerse, pero con reservas. Pues la *Filocalia*, hay que recordarlo, no es la Escritura –revelación inspirada por Dios–, sino una obra de hombres; santos, pero así y todo, hombres. Por otra parte, los textos que agrupa no son íntegros, sino extractos escogidos acerca de las prácticas solitarias de la ascesis. No tiene nada de extraño que los temas que nos interesan estén aquí poco presentes.

Así, en el primer tomo de la *Filocalia*, la cuestión de la actitud hacia el prójimo ocupa sólo dos páginas de las más de seis-

4. La *Filocalia de los Padres del desierto* es un florilegio de textos ascéticos y místicos de los siglos IV al XVI, publicado en Venecia en 1783 por san Macario de Corinto y san Nicodemo el Hagiorita. Publicado en once tomos por las Éditions de l'abbaye de Bellefontaine, la traducción francesa de estos textos ha sido reeditada en dos volúmenes: *La Philocalie. Les écrits fondamentaux des Pères du désert aux Pères de l'Église (IV-XIV siècle)*, Desclée de Brouwer-J.-Cl. Lattès, 1995. En castellano puede leerse una antología de este clásico de la espiritualidad cristiana oriental en *La Filocalia de la oración de Jesús*, Sígueme, Salamanca 72004.

cientas; en el segundo volumen, sólo tres páginas de setecientas cincuenta. Está claro que se trata de una proporción muy diferente de la que observamos en los evangelios o las epístolas. Todo lo restante, además, está lejos de dedicarse directamente al mandamiento del amor de Dios; las tres cuartas partes tratan de la lucha contra la gula, la lujuria y las otras pasiones.

Pero volvamos un momento a los textos de la *Filocalia* que conciernen al amor al prójimo. Si bien algunos son por completo apasionados, otros, en contradicción con ese fuego, no pueden sino suscitar perplejidad y confusión. [...] Por ejemplo, Macario el Grande (c. 300-390) cuenta que «un anciano preguntó a abba Serapion: ‘Por caridad, dime cómo te ves’. Abba Serapion le contestó: ‘Yo me parezco a uno que se encuentra en una torre y, mirando al exterior, hace señas a los que pasan para que se alejen’. Y el anciano entonces dijo: ‘Yo me veo como si estuviera rodeado por una cerca y la hubiera cerrado con goznes de hierro, de modo que, cuando llama alguien, no me entero de quién es, de dónde viene, qué desea o cómo es, y no abro hasta que se haya ido’».

Otro ejemplo: Antonio el Grande (251-356) conversaba con un hermano que pensaba que no era necesario abandonar el mundo para salvarse. Preocupado por advertirle de los peligros que le amenazaban, Antonio le preguntó: «Dime, hijo mío, ¿te afliges con los que sufren y te regocijas con los que se alegran?». El otro confesó que experimentaba esos sentimientos. Entonces el anciano le dijo: «Sábetete que compartirás en el mundo futuro la suerte de aquellos cuya alegría y cuya pena compartes en esta vida».

En Evagrio (346-399) encontramos textos difícilmente compatibles. Por un lado, escribe: «Más vale encontrarse en medio de la multitud con amor que solo en una cueva con odio». Por otro lado, sin embargo, enumera cinco operaciones con ayuda de las cuales se obtiene la benevolencia de Dios: la oración pura, el canto de los salmos, la lectura de las sagradas Escrituras, el recuerdo afligido de los pecados y el trabajo manual. La idea

de comportarse con amor en medio de las gentes parece haber desaparecido por completo de aquí.

En general, las enumeraciones de este género, muy frecuentes en la *Filocalia*, no se refieren casi nunca al amor al prójimo. Como estos textos de san Barsanufio y san Juan de Gaza (siglo VI): «Si llegas a ser como un muerto para todos los hombres, serás un verdadero peregrino». «Cada uno ama a su prójimo según su medida. La medida del amor perfecto es, a causa del amor a Dios, amar al prójimo como a uno mismo. Sin embargo, algunos, debido a un amor irracional por su prójimo y a sus frecuentes conversaciones, corren el riesgo de perderse. Conviene, por tanto, entender lo que debe ser la medida del amor mutuo: no calumniarse unos a otros, no odiarse ni denigrarse, no buscar sólo el interés propio, no amar a otro por su belleza física, no permanecer juntos sin una estricta necesidad, no dejarse llevar a una temeridad que destruiría todos los frutos de la vida monástica y convertiría al mundo en algo semejante a un árbol seco». Aquí encontramos las actitudes que no debemos guardar hacia el prójimo, pero ni una palabra sobre el amor que debemos tener por él.

Dicho esto, es justo reconocer que en la *Filocalia* también se encuentran textos que emanan enteramente de la enseñanza de Cristo acerca de la necesidad de dar la vida por el prójimo. Incluso Macario el Grande lo dice: «A aquellos que han sido juzgados dignos de llegar a ser hijos de Dios y de nacer de lo alto por el Espíritu santo, les ocurre que lloran y se afligen por el género humano, y rezan por el Adán total derramando lágrimas, pues arden en amor espiritual por la humanidad. También a veces su espíritu se inflama con tal alegría y tal amor que, si fuera posible, acogerían a todos los hombres en su corazón, sin distinguir a los malos de los buenos. Y a veces, en la humildad de su espíritu, se rebajan de tal manera ante los hombres que se consideran los últimos y menores de todos».

Por su parte, san Juan Casiano (hacia 350-435) escribe: «No tener compasión por los pecados del otro, sino pronunciar un

juicio severo sobre ellos, es un signo evidente de que el alma no se ha purificado todavía de las malas pasiones».

Son especialmente dignos de mención los pensamientos de san Nilo el Sinaíta: «Se debe rezar, a imitación de la existencia angélica, no sólo por la purificación propia, sino también por la purificación de todos los hombres». «Dichoso el monje que considera a todo hombre como Dios junto a Dios. Dichoso el monje que estima la salvación de los otros y los progresos de todos como los suyos propios. El monje es aquel que, separándose de todos, se une a todos. Es aquel que sabe que está con todos y aprecia a cada uno como a sí mismo». «No prefieras nada al amor al prójimo, salvo en el caso de que te lleve a desear el amor a Dios».

El mismo espíritu alienta en las palabras de Efrén el sirio (entre 306-373). «El sentido de la petición ‘Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo’, es que nos unamos los unos a los otros sin envidia, con sencillez, amor, paz y alegría; es que consideremos el éxito de nuestro prójimo como victoria nuestra, sus debilidades, faltas y penas como heridas propias. Pues se ha dicho: ‘No busquéis vuestro propio interés, sino el interés mutuo’ (Flp 2, 4). Así, por la compasión recíproca y sobre todo por la que sienten los que gozan de salud hacia los enfermos, es como seremos capaces de cumplir los mandamientos de Cristo». «El signo de un espíritu humilde es satisfacer a manos llenas las necesidades del hermano, como si fueras tú mismo quien recibiera ayuda». «Preocupémonos por adquirir los bienes eternos que nos han sido prometidos. Preocupémonos antes de que llegue la noche y se cierre el mercado. Busquemos entre los pobres y los indigentes amigos para la vida de arriba. Compremos aceite en su casa... Pues quienes aquí abajo venden aceite para las lámparas de arriba son las viudas, los huérfanos, los enfermos, los lisiados, los cojos, los ciegos y todos los pobres que se encuentran en las puertas de las iglesias».

Por último, me gustaría completar estos textos con algunas citas de san Isaac el Sirio (siglo VII): «Este es el signo de la

perfección, como probaron Moisés, Pablo lleno de fervor y los otros apóstoles: si diez veces al día sois entregados al fuego por amor al prójimo, no os deis por satisfechos: Dios entregó a su Hijo a la muerte en cruz por amor de la criatura. Y si hubiera tenido algo aún más precioso, nos lo hubiera dado también para salvar al género humano. Todos los santos imitan esto y, para llegar a la perfección, buscan hacerse semejantes a Dios por el amor total al prójimo». «Nadie tiene derecho a decir que progresa espiritualmente en el amor al prójimo si descuida la dimensión que, en la medida de sus fuerzas y según las urgencias del tiempo y del lugar, debe realizarse corporalmente. Pues sólo este esfuerzo corporal aporta la certeza de que en un hombre existe el amor perfecto. Cuando, según nuestras posibilidades, somos fieles y verdaderos en este plano, es cuando nuestra alma recibe la fuerza para acceder –con pensamientos sencillos e incomparables– a las contemplaciones más altas y divinas».

Estas palabras justifican plenamente no sólo el amor activo, sino también las posibilidades de alcanzar «las contemplaciones más altas y divinas» por la vía del amor al prójimo. Y esto no de palabra, sino de la forma más concreta que exista. Aquí se encuentra la clave del misterio de la comunión humana como vía espiritual.

Para terminar, he aquí otros dos textos del mismo Isaac el Sirio: «El hombre verdaderamente misericordioso no sólo da la limosna a que está obligado, sino que soporta con alegría la injusticia que los otros le infligen y les perdona. Es verdaderamente misericordioso aquel que sacrifica su alma por su hermano y no aquel que, por medio de la limosna, es caritativo con él». «Déjate perseguir, pero tú no persigas. Déjate crucificar, pero tú no crucifiques. Déjate ofender, pero tú no ofendas. Déjate calumniar, pero tú no calumnies... Alégrate con los que se alegran y llora con los que lloran: este es el signo de la pureza. Ten pena con los que sufren. Derrama lágrimas con los pecadores. Goza con los que se arrepienten. Sé amigo de todos, pero en tu interior permanece solo».

Estas palabras son realmente de fuego, y poco importa que ocupen un lugar tan exiguo en los gruesos volúmenes de la *Filocalia*. Lo importante es que existen y que aportan un fundamento patrístico a nuestra investigación. Llegados a este punto de la reflexión, podemos decir, por tanto, que existe una tradición patrística en el ámbito que nos ocupa. Sólo que, por desgracia, los consejos prácticos y ascéticos relativos a la conducta para con el prójimo son mucho menos numerosos que los relativos a la actitud del hombre para con Dios y para consigo mismo.

Ahora bien, en este ámbito de la comunión humana tenemos una enorme necesidad de orientaciones e indicaciones precisas y justas. Pues corremos grave riesgo de equivocarnos si seguimos sólo nuestros estados de ánimo o nuestros sentimientos. Nos conviene, por tanto, intentar definir la aplicación de ciertos grandes principios espirituales a los diversos aspectos de la comunión humana.

Para ello partiremos de la naturaleza humana y de su composición «tri-unitaria»: el cuerpo, el alma («psique») y el espíritu. Cada uno de estos planos tiene sus reglas y exigencias ascéticas, y me parece indispensable distinguir en cada ocasión la actitud hacia uno mismo y la actitud hacia el prójimo. En efecto, en la ascesis del amor, la regla que consiste en no hacer a los demás lo que no queremos para nosotros mismos, no es suficiente. Es preciso ir más allá e imponerse exigencias más severas que aquello que podemos esperar del prójimo.

Comencemos por el primer plano: la existencia *corporal*. La ascesis del amor nos impone aquí dos cosas: el trabajo y la sobriedad. El trabajo no es sólo un mal inevitable, la maldición que pesa sobre Adán. Es también cooperación en la economía divina y puede ser transfigurado y santificado. No puede reducirse a obrar con las manos, a realizar una tarea, sino que supone la responsabilidad, la inspiración y el amor. Debe siempre ser un empeño en los campos del Señor.

Si el trabajo se halla hoy en el corazón de la empresa ascética corporal, la sobriedad no es tan central. Sin embargo, consti-

tuye una ayuda muy útil para liberar la atención –demasiado a menudo dirigida a los límites humanos– y hacerla disponible para realidades más elevadas. Lo importante es que este esfuerzo de templanza no se convierta en una pasión. El hombre debe ser sobrio y, simultáneamente, no estar pendiente de su sobriedad.

El hombre, en efecto, debe prestar más atención a la carne de su hermano que a su propia carne. El amor cristiano exige de nosotros no sólo dones espirituales, sino también dones materiales. Tenemos que dar a nuestro prójimo nuestra última camisa y nuestro último pedazo de pan. En este sentido, la caridad personal y el trabajo social estructurado están tan justificados y son tan necesarios el uno como el otro.

La vocación del cristiano al servicio social está fuera de duda. Es su deber colaborar en la organización de una vida mejor para los trabajadores y una seguridad para los ancianos. Tiene que ocuparse de los niños y luchar contra la explotación, la injusticia, la miseria y la criminalidad. Importa poco cómo lo haga: puede ser de forma individual o social. Lo que cuenta es que su servicio esté fundado en el amor al prójimo y no tenga ningún objetivo oculto, interesado, sea en términos de promoción o provecho personal. A partir de ahí todo es legítimo, desde la ayuda individual a la asistencia del Estado, desde la atención concreta a una persona particular a la construcción de una sociedad más justa. En este campo de la ascesis al servicio de las necesidades materiales, el amor al prójimo sólo nos exige un trabajo efectivo y responsable, una conciencia lúcida y no sentimental de nuestras propias fuerzas y, a la vez, del auténtico bien del hombre.

Aquí las reglas de la ascesis son simples y se limitan la mayoría de las veces a un trabajo y una responsabilidad cotidianas. Por tanto no dan lugar a una inspiración mística. Lo que no quiere decir que no entrañen una gran fuerza y una gran verdad, fundadas en el texto evangélico del juicio final. Cristo dirá las mismas palabras a todos aquellos que, por haberle visitado en la cárcel y en el hospital, alimentado cuando tenía hambre y vestido cuando estaba desnudo, se encuentren a su derecha; que



lo hayan hecho en el plano individual o en el ámbito social no cambia nada.

En conclusión, aunque sean poco brillantes y laboriosas, incluso hasta el punto de confundirse con la grisalla de lo cotidiano, las reglas ascéticas que conciernen a nuestra actitud respecto a las necesidades materiales del prójimo son ya prueba de la posibilidad de una comunión divina y revisten un carácter pneumatóforo.

Pasemos ahora al segundo plano: la existencia *psíquica*; ¿qué actitud debemos mantener respecto a ella? A menudo, no contentos con negar cualquier valor a este ámbito del ser, lo concebimos como una realidad contra la que hay que luchar, casi hasta su completa destrucción.

Los intensos esfuerzos que podemos realizar aquí desembocan a veces en resultados muy extraños: sequedad, indiferencia, insensibilidad, ausencia de amor y de inspiración. Otras tantas pruebas de una ascesis mal orientada. Pues, lo quiera o no, el hombre –por la estructura misma de su ser– no puede suprimir su alma. Puede sólo deformarla, congelarla, petrificarla, matarla.

Para ser justa, la actitud hacia el alma humana debe fundarse siempre en el mismo criterio. De este modo la «mala psique», discutible, es la que separa al hombre del mundo exterior para encerrarle en sus propias emociones y concentrar su atención en los más mínimos movimientos de su alma. Por el contrario, la «buena psique», la más deseable, es la que permite al hombre desarrollar su atención y abrirse más al otro, le hace sentir los ritmos profundos de otra alma, crea un puente entre él y su prójimo, y traza el camino del verdadero amor.

Dos peligros opuestos amenazan al alma: por un lado, la apertura a las pasiones seductoras; por otro, el repliegue sobre sí mismo y el encogimiento mortal del ser. Para evitar ser presa de las pasiones, el hombre no debe permitirse ningún culto a la posesión (lo *mío*), ningún exclusivismo. Para evitar que el ser se encoja, debe no matar su alma, sino transformarla por completo en instrumento del amor al prójimo.

Se plantea aquí el problema de nuestra actitud respecto al alma del otro, en el que existen tres reglas que se deben respetar. En primer lugar, hay que rechazar cualquier interés, curiosidad o delectación por las emociones del otro, y conjugar este rechazo con una intensa bondad y una atención infatigable a su alma. A continuación, hay que aprender literalmente a «ponerse en el lugar» del otro, experimentar como desde dentro lo que siente, hacerse uno con todos. Finalmente, no hay que juzgar desde fuera las pasiones de otro, sino, penetrando en la atmósfera interior de su *psique* y sin prejuzgar en abstracto lo que le conviene o no, ayudarle a liberarse de sus emociones y de sus pasiones, no suprimiéndolas de forma brutal, sino a través de una superación consciente y total, una nueva orientación y una verdadera transmutación del ser.

También aquí se manifiestan dos peligros opuestos. El primero es mirar al otro de forma distorsionada, con criterios reductores y uniformadores que conducen sobre todo a disecar su alma viva y sufriente. El segundo, que no es menor, consiste en aceptarle tal y como es, de un modo sentimental y casi absoluto, pasando por alto negligentemente todas sus heridas y excrecencias. La actitud justa se sitúa entre ambos extremos y se obtiene por medio de la atención lúcida del amor.

Queda, por último, el tercer plano: el *espíritu*. Un ámbito que exige el más grande rigor tanto respecto al otro como respecto a uno mismo. Evidentemente, existen multitud de caminos espirituales, que no podríamos unificar y reducir a reglas o a leyes uniformes. Sin embargo, esta diversidad no excluye la posibilidad de definir cierto número de principios comunes, capaces de fundamentar una acción espiritual y una actitud auténtica para con el otro.

En el plano personal conviene seguir el camino de una renuncia consciente e inequívoca, de un permanente esfuerzo por corresponder a la voluntad de Dios y llegar a ser un instrumento en sus manos para que se cumplan sus designios respecto al mundo. Debemos ser un medio y no un fin, y por lo tanto, nues-

tra movilización espiritual al servicio de Dios y del otro tiene que ser total y ponerse en práctica hasta el final...

La persona que se vuelve hacia el mundo espiritual del otro con su propio mundo espiritual, encuentra el misterio terrible y fecundo del auténtico conocimiento de Dios. Encuentra, en efecto, no carne y sangre, no sentimientos y humores, sino la verdadera imagen de Dios en el hombre, el icono de Dios esbozado en el mundo, el reflejo del misterio de la Encarnación y de la divino-humanidad. Y el hombre debe aceptar sin reserva ni condición esta terrible revelación e inclinarse ante la imagen de Dios en el hermano. Sólo cuando haya sentido, visto y comprendido esto, le será revelado otro misterio que exigirá de él la lucha más violenta y la tensión ascética más fuerte. Entonces descubrirá, en efecto, hasta qué punto esta imagen de Dios está empañada, deformada y desfigurada por el poder del mal. Verá el corazón del hombre tal y como es, presa de una lucha incesante entre el diablo y Dios. Herido de amor, deseará, en nombre de esta imagen, entablar combate contra el diablo, convertirse en instrumento de Dios en esta obra terrible y agotadora. Y podrá hacerlo, pero con tres condiciones. Primera, que ponga en Dios, y no en sí mismo, toda su esperanza. Después, que se despoje de todo deseo interesado. Por último, que a ejemplo de David, se quite su armadura y se lance al combate contra Goliat con el nombre del Señor como única arma.

Estos son, brevemente esbozados, los jalones que debe seguir la persona que ansía una gesta ascética en el amor al prójimo. Todo esto puede resumirse en la imagen de Cristo crucificado: él ofreció su cuerpo en el suplicio de la cruz, sufrió la pasión con su alma humana y entregó su espíritu en las manos del Padre. Y nos llama a todos a un don semejante, puesto que realizó su sacrificio por el hombre entero, espíritu, alma y cuerpo.

Otra imagen, especialmente querida para la conciencia ortodoxa, puede simbolizar también plenamente la actitud justa hacia el prójimo: la Madre de Dios al pie de la cruz de su hijo crucificado, recibiendo esta palabra: «Una espada te traspasará

el alma» (Lc 2, 35). En el Crucificado, la Madre ve a la vez a Dios y a su hijo. Y nos enseña a ver, en cada uno de nuestros hermanos según la carne del Hijo del hombre, a la vez a Dios –o sea, a su imagen– y a un hijo que nos ha sido dado en adopción para que le amemos con compasión, participemos en sus sufrimientos y tomemos sobre nosotros sus pecados.

La Madre de Dios ha permanecido hasta nuestros días traspasada por la cruz de su Hijo –que se ha convertido para ella en una espada de doble filo– y por las espadas de todas nuestras cruces, de todas las cruces de la divino-humanidad. La protección de su manto que cubre el mundo, su intercesión por todos los pecados y miserias de los hombres, nos enseñan el camino seguro y verdadero del amor al prójimo. La Madre de Dios nos invita –exigencia suprema– a dejar que las cruces de nuestros hermanos nos traspasen el corazón.

De este modo, el mandamiento del Hijo de Dios –repetido muchas veces en el Evangelio y sellado por la hazaña de toda su vida terrestre– coincide con el camino de la Madre de Dios, que se nos revela desde la anunciación hasta su trágica estancia al pie de la cruz, a través de todos los siglos de la vida y el caminar de la Iglesia.

Es verdad que las circunstancias históricas han conducido a veces a la Ortodoxia a valorar de forma unilateral la vía de la salvación individual, sin embargo esto no significa que el otro mandamiento fundamental de Cristo haya sido olvidado o rechazado. El mandamiento del amor al prójimo, segundo en orden, pero semejante al primero –el amor a Dios–, no ha dejado nunca de dirigirse a la humanidad y ha conservado la misma fuerza que el día que fue dado.

Quizá a nosotros, ortodoxos rusos, nos resulta más fácil comprender este segundo mandamiento de Cristo, ya que es precisamente él quien ha polarizado y animado todo el pensamiento religioso ruso.

Sin este mandamiento, Khomiakov no habría evocado nunca la organización conciliar de la Iglesia, fundada enteramente

en el amor y la comunión humana más elevada. Su teología prueba que la Iglesia, en su totalidad, manifiesta a la vez el mandamiento del amor a Dios y el del amor al prójimo, y que no se puede pensar propiamente sin el uno o el otro.

Sin el segundo mandamiento, no tendría sentido la doctrina de Soloviev acerca de la divino-humanidad. La divino-humanidad, en efecto, no se realiza más que cuando la unidad orgánica del cuerpo de Cristo está animada por la gran circulación del amor fraterno, cuando todos se reúnen alrededor del único cáliz y comulgan en la unidad del amor divino.

Por último, únicamente el segundo mandamiento permite entender a Dostoievski cuando afirma que todos somos responsables de todos.

El pensamiento ruso, desde hace más de un siglo y de múltiples formas, no ha dejado de indagar qué significa dar el alma por otro. Ha intentado mostrar la vía del amor, la vía de la verdadera comunión humana que, por su misma profundidad, se convierte en comunión con Dios. En la historia del pensamiento, de la filosofía y de la teología a menudo surgen primero las innovaciones teóricas y más tarde las ideas se encarnan en la vida.

La elaboración de los principios teóricos de la vía de la comunión ha ocupado lo esencial del pensamiento ruso en el siglo XIX. Sus ideas geniales, verdadero apogeo de la tensión creadora del espíritu ruso, se extendieron por el mundo entero. Ninguna guerra, ninguna revolución puede destruir lo elaborado por el genio filosófico y religioso de Rusia. Dostoievski y muchos otros permanecerán para siempre. Podemos extraer de estos filósofos gran cantidad de elementos, respuestas a las cuestiones más trágicas, soluciones a los problemas aparentemente más insolubles. Atrevámonos a decirlo: el tema fundamental del pensamiento ruso en el siglo XIX ha sido el segundo mandamiento bajo todos sus aspectos dogmáticos, morales, filosóficos y sociales.

Nuestra misión está, pues, clara, como lo está para todos los ortodoxos que se enraízan en la Iglesia y están impregnados de

la filosofía religiosa rusa: debemos transformar en indicaciones concretas para nuestra vida interior y nuestra acción en el mundo todos los principios teóricos, sistemas filosóficos, concepciones teológicas y expresiones nuevamente sacralizadas, como «catolicidad» (*sobornost*) y «divino-humanidad», que este pensamiento ha desarrollado.

Estamos llamados a encarnar, de una forma viva y creativa, los fundamentos de nuestra Iglesia: la «catolicidad» y la divino-humanidad. Estamos llamados a oponer el misterio de la verdadera comunión a las relaciones hipócritas entre las personas. Este es, en efecto, la única vía por la que se puede expresar el amor de Cristo, la única vía de la vida. Fuera de ella no existe sino muerte por el fuego y las cenizas, muerte por los múltiples odios que dividen a la humanidad contemporánea en clases, naciones, razas... A todas estas formas de totalitarismo de orden místico tenemos que oponer una única realidad: la persona, la imagen de Dios en el hombre. A todas las formas de individualismo pasivo en la democracia, debemos oponer la «catolicidad», la *sobornost*.

Permanezcamos tranquilos. No se trata de nada sistemático. Deseamos sencillamente tratar de vivir como nos enseña el segundo mandamiento de Cristo, que debe determinar toda nuestra actitud para con los hombres en esta vida en la tierra. Deseamos intentar vivir de tal manera que los de fuera puedan presentir en el camino cristiano la única posibilidad de salvación, la belleza suprema, la verdad que supera toda negación.

¿Conseguiremos encarnar nuestras esperanzas? No lo sabemos. En último término, es obra de Dios. Pero con la voluntad del Señor, su ayuda y su gracia, cada uno de nosotros está llamado a comprometerse con todas sus fuerzas, a no temer el esfuerzo más duro, a dar su vida por los amigos. Sí, cada uno de nosotros está llamado, ascéticamente y en un sacrificio de amor, a seguir a Cristo hasta el Gólgota que le está destinado.

## SOBRE LA VIDA

Arrojo mi alma a sus pies:  
el dolor del otro quema.  
Mojan en agua la miga de pan,  
amarga es la miel de su trabajo.

Sala común de hospital  
donde a cada momento alguien muere;  
barra de un bar donde otro  
bebe el pesado olvido de los años.

Penosa angustia sin camino,  
trabaja y calla en el esfuerzo;  
nadie en el mundo te enseñará  
el largo camino que conduce a lo alto.

Tribu insensata ¿adónde vas?  
De fábrica en fábrica ¿y después?  
Escucha los choques de armaduras en el cielo,  
ruido de alas, lanzas, truenos...

El combate no ha tenido lugar sobre la tierra  
sino por encima de la existencia;  
ante los ejércitos resplandece  
el deslumbrante general en jefe.

\* \* \*

Una mañana gris y luego la tarde sin fin,  
después la noche y el silencio que masculla:  
el aire en la tenaza del frío del alba,  
el cuerpo que no quiere ya resistir al sueño.

El sueño; y el miedo que se pega a mi voluntad...  
Apenas se ven los marcos de las ventanas;  
en silencio húmedo sube del suelo,  
la sorda opacidad de las tinieblas que todo lo llena.

Espíritu, intensifica mi lucha.  
Silencio. Llaman. Cantó un gallo antes del alba.  
Arde mi lámpara, su mecha está impregnada de aceite.  
Ha entrado el Huésped; y un gran viento con su estela.

\* \* \*

Con la claridad que llegó de pronto  
todo se volvió claro:  
los escalones conducen, uno por uno, hasta aquí.  
La mesa, la estufa, la cama,  
el cuaderno que acabo de abrir,  
y la lejanía, con sus sombras de nubes,  
y allá abajo la blanca gracia de los confines.

Está todo tan apretado en un vínculo eterno  
—el azul del cielo, la ceniza de las calles grises,  
los fuertes gritos infantiles, el sentido en los poemas—  
que, al encontrar un pobre borracho, nos parece  
ver que tras él se abre un gran vuelo de alas.

Es un rayo poderoso de luz,  
es un hilo muy fuerte que nos lleva  
hasta las fronteras del más allá;  
y mientras que entre los humanos  
brama otro combate,  
parece que todo lo que pasa  
está tocado por una mano invisible.



## SOBRE LA MUERTE

Se me ha dado un poder que sobrepasa mis fuerzas;  
sin él hace ya tiempo que habría caído,  
que sobre la lápida tendería mi cuerpo,  
que lloraría para que me oyeras,  
y para que la tierra de la tumba  
se estremeciera con ardientes lágrimas.

Has abierto el cerrojo de mi corazón a fuerza de desgracias  
y a mis pies está el camino, como un manto abierto  
en todas las direcciones. Para ser madre  
como para permanecer en el atrio de la iglesia...  
¿Qué más me forzarás a hacer?

El corazón comprendió por anticipado,  
aceptó de antemano, padecido o querido,  
el sufrimiento en medio de brasas encendidas  
abrazando las cenizas del espíritu.

De mi espíritu, cuyos días tú cuentas,  
tú que castigas, corriges, decides,  
que nos conduces y que nos amas,  
y que quisiste darme los harapos que guardabas  
de Job, tu siervo sufriente.

\* \* \*

No, ni siquiera la escala de la fe invencible  
es ya para mí un apoyo.  
Callan lecciones y ejemplos  
y cantan en este instante los vientos.

De nuevo abandono en la prueba  
el dogma y la fe;  
llama el desierto, tiendas eternas  
y arena alrededor.

Me abandono a la encrespada ola;  
borroso está el cielo,  
las nubes se entretajan en el horizonte.  
Sigue cantando el viento.

¿Quién hace que vibre en nosotros la vida para darnos  
la muerte al final?  
Sobre la fragilidad de todas las grandezas  
se extenderá la arena.

Ya no sé, ya no creo, no veo nada nuevo;  
nada más que el tormento de la duda  
que es la vara con la que mido  
tu amargo camino, amor.

\* \* \*

Irse como se van las hojas que en otoño desaparecen,  
morir, perderse, no ser más,  
como el pájaro que se funde en el aire,  
desvaneciéndose el humo,  
las hojas, los vientos, las noticias,  
y cerrar suavemente los ojos.

Entre millones de heridas resistir más no es posible.  
He leído hasta el final el largo libro;  
Más allá están las lejanías azules,  
la polvareda de las estrellas fugaces,  
el ejército de los mensajeros alados.

Aquí está mi red agujereada, gastada por tantos ríos...  
¿Qué portaré de mi pesca  
al umbral de esta otra existencia?  
¿Con qué palabra ardiente podré incendiar  
la nieve de la eternidad?